CAPITULO IX

EXPLICACIONES

Esto me recuerda cuando yo era niño y jugábamos al escondite... Un día me metí en...

—¡Pero vas a callar, Bicard! Si entrara ahora y te oyera, lo echarías todo a perder.

—Entonces, voy a fumar... Eso me hará compañía.

—¡Eso es! Para que el olor a tabaco le haga sospechar... ¡Estate quieto, por Dios!

Lafrita y Bicard estaban desde hacía una media hora en una habitación que comunicaba con el cuartito donde la señora de Bicard había instalado su ficticia oficina de préstamos.

El inspector, acostumbrado a esta clase de expediciones, guardaba una tranquilidad absoluta; el baron de Ripolin parecía fastidiado con aquella aventura; Lafrita procuraba dominar sus nervios; *Buif*, como hemos visto, nada hacía por poner un freno a su habitual locuacidad.

Los cuatro se encontraban en una obscuridad casi completa. De la habitación inmediata se filtraba, a través de los cristales pintados de blanco, una débil claridad, y en aquella habitación se veía a la mujer de Bicard sentada junto a la lámpara, remendando un par de medias para no perder el tiempo mientras llegaba el desconocido a caer en el lazo tan hábilmente tendido.

—Mi mujer ni siquiera nos ha ofrecido una copa de coñac—dijo *Buif* amargamente—. Sin embargo, los deberes de hospitalidad para con estos señores... ¡Qué idea van a formar de mí! La primera vez que vienen a mi casa ni siquiera se les ofrece un refresco... Voy a ir yo por la botella y las copas.

Buif se disponía a abrir la puerta de cristales, pero Lafrita le agarró violentamente por el brazo. ¡Si no podía callarse, por lo menos que permaneciera tranquilo!

—Haga como yo—dijo el repórter en voz baja—. ¡Si usted cree que yo estoy en la gloria! Parece que me corren miles de insectos desde la nuca a los talones...

—Pues no hay chinches—afirmó Bicard—. El mes pasado echamos polvos en la cama y yo dije que...

Pero *Buif* se sintió de pronto amordazado. Lafrita acababa de ponerle la mano en la boca.. Ya era hora: acababan de llamar a la puerta.

Vieron la sombra de la señora Bicard levantarse y dirigirse hacia la puerta exterior, que abrió. Inmediatamente, dos siluetas deformadas a causa de la situación de la lámpara se perfilaron en los cristales.

Se oyó la voz de la señora de Bicard, que decía:

—¿Trae usted las joyas?

No contestó voz alguna, pero se oyó un ruido metálico; el visitante las depositaba sobre la mesa.

Transcurrieron unos minutos más. La señora de Bicard, siguiendo las recomendaciones que le habían sido hechas, procedía, para alejar toda sospecha, a estimar el valor de las alhajas.

—Voy a darle el dinero—dijo por fin la mujer—. Siéntese y extienda un recibo.

Era la señal convenida. Los cuatro hombres hicieron irrupción en el cuartito; pero la puerta de cristales, al abrirse, produjo una violenta corriente de aire, y la lámpara se apagó. Se oyó jurar a *Buif*.

—¡No hay cuidado!—dijo tranquilamente el inspector—. Yo lo tengo... Está esposado y, además, es manso como un cordero... Enciendan, hagan el favor.

Encendieron, y en el mismo instante Lafrita y Bicard lanzaron un grito de estupefacción.

—¡Pero este pajarraco otra vez!

—¡Buenas noches, señores!—contestó el prisionero—. Esto ser una pesada broma. Yo creer al principio que ustedes ser apaches.

—¡Pero si es uno de los mozos de Hexam!—dijo el barón de Ripolín—. Todo se explica. ¿Cómo se llama usted?

—Yo llamarme Simons. ¡Oh, estos dos señores conocerme bien! Tomar juntos muchas copas.

—Señor barón, ¿reconoce usted las joyas del difunto conde de Lestrivière?

—Sin la menor duda... Pero esto cambiará el aspecto del crimen. No se trata de un crimen por celos, sino de un asesinato cuyo móvil ha sido el robo, cometido por varios cómplices.

—Eso el juez lo averiguará—dijo el inspector—. Tendrás que probar cómo han llegado a tus manos esas alhajas.

—¡Oh!—dijo Simons cándidamente—. Yo encontrarlas esta mañana en el hipódromo.

—Tendrás que buscar otra explicación más ingeniosa, amigo—le aconsejó irónicamente el inspector.

Lafrita, en el fondo de la habitación, cambiaba impresiones con Bicard.

—Lo extraordinario es que Simons debe decir la verdad... Es diabólico; todo se vuelve en contra nuestra... Por una u otra razón, Boudon ha debido sospechar... ¡Dígame, señora!... ¿Este joven es el que vino ayer?

—¡De ninguna manera! Era un viejo; pero, claro, en el momento no he podido prevenirles.

—¡Bueno, en marcha!—dijo el policía al prisionero.

—Voy a buscarles un coche—dijo amablemente la mujer de Bicard.

—Señor barón—dijo Lafrita—. una pregunta, haga el favor. ¿No ha hablado usted a nadie de lo que íbamos a hacer esta noche?

—No—contestó el barón—, ¡Ahora recuerdo, sí! Anoche encontré al doctor Boudon, y como ha estado al corriente de los menores detalles del drama, le dije...

—¡Por Dios! Recuerde usted exactamente sus palabras.

—¿Tanta importancia tiene? Creo que le dije: «Hay algo nuevo en las pesquisas para esclarecer el crimen... Han sido encontradas las joyas en manos de un individuo que vamos a detener esta noche.» Como pareció sorprenderse, añadí: «Sí, amigo mío; soy un pequeño Sherlock Holmes y sigo la pista, en compañía de un inspector, al cómplice del asesino. Le hemos tendido un lazo para mañana la noche en la calle de Frogonard. ¿Quiere usted asistir a la detención? Tengo la seguridad de que será una cosa divertida.» El doctor no pudo aceptar porque estaba muy ocupado.

—Pues lamentamos mucho su ausencia—contestó Lafrita con amargura—. Con él la fiesta hubiera sido completa.

Y fué a hablar en voz baja a *Buif*, que estaba confeccionándose un *grog* para rehacerse de tanta emoción.

—¡Claro! Ese imbécil ha dado la voz de alerta a Boudon, quien al saber que se le seguía la pista no se le ha ocurrido otra cosa que deshacerse de las comprometedoras alhajas, arrojándolas en el hipó-

dromo de Maisons... Y Simons ha dado con ellas, creyéndose en seguida dichoso, como el cerdo que ha encontrado una trufa.

—¿Pero cómo ha venido aquí Simons, precisamente esta noche?

—Olvida usted los prospectos que yo hice distribuir en Maisons: «Dinero en el acto sobre toda clase de garantías. Señora Bicard, 16, rue Fragonard.» Simons ha corrido...

—Pues hemos dado una vuelta más a la cerradura de la puerta que guarda a Hexam en la cárcel.

—No cabe duda.

En aquel momento llamaron en la puerta exterior y *Buif* fué a abrir, encontrándose de manos a boca con un agente ciclista.

—¿Pero quién le ha llamado a usted? ¡Esto es una violación de domicilio! ¡Yo estoy en mi casa, y no he invitado a los guindillas! ¡Yo sólo recibo a gentes bien!

—Dispense usted—intervino el inspector—. Al salir de la Prefectura dejé la dirección de donde iba para que pudieran venir a buscarme en caso de urgencia.

Y dirigiéndose al agente:

—¿Qué ocurre?

—El jefe le llama a usted con urgencia. Acaban de asesinar, en la plaza de las Victorias, a un joyero llamado Goldenmayer...

CAPÍTULO X

DESENLACE

Son aproximadamente las doce de la noche. El inspector de Seguridad se encuentra con *Buif* y Lafrita en un departamento del último tren que sale de la estación de Saint Lazare para Maisons-Laffitte. Lafrita y *Buif* están ahora perfectamente tranquilos, pero el inspector se muestra muy nervioso. Tenía motivos para ello, pues acababa de pasar media hora en compañía de un caballero que había recibido dos balas en la cabeza, falleciendo poco antes de terminar su declaración.

—En fin—dijo bruscamente el inspector a Lafrita—, puesto que conocía usted el nombre del verdadero culpable, ¿por qué no lo dijo en seguida?

Fué *Buif* quien contestó:

—¡Ya lo creo! Pero si hemos intentado regalar la martingala a todos nuestros clientes. ¡Pero no hemos tenido suerte! La primera vez que Lafrita pronunció el nombre del doctor Boudon, los guindillas lo lleva-

ron a la enfermería del Depósito... ¡Y no quiera usted saber la de duchas que le dieron! Y menos mal, porque si lo llevan al puesto le dan una de golpes... La segunda vez fué en el despacho del juez Chennevert, y allí ni siquiera pudimos explicarnos. Era lo mismo que hablar con un saco de carbón. La tercera vez tuvimos una idea genial: coger a Boudon sin decir antes que él era el autor. ¡Patatras! Cuando encendimos una cerilla, nos encontramos con la simpática cabezota de Simons en vez del que esperábamos... Reconozca que no podíamos hacer más..., era la mala pata que nos perseguía sin descanso.

—De todas maneras—gruñó el inspector—, si hubiésemos detenido ayer a Boudon, Goldenmayer estaría vivo.

—¡Claro! Perogrullo también hubiera dicho lo mismo. Pues, entre nosotros sea dicho, el señor Goldenmayer no es una gran pérdida.

—No hable mal de él—contestó Lafrita—porque nos ha prestado un gran servicio sobreviviendo tres horas a sus heridas, la más leve de las cuales hubiera acabado en seguida con un cristiano, y gracias a esto ha podido denunciar a ese querido doctor.

—Sí que ha sido rencoroso... y Boudon no lo ha sido menos que él.

—Naturalmente... Por pura casualidad supo anoche que se le tendía un lazo en la calle Fragonard, lazo cuyo pretexto era las famosas alhajas. Para Boudon sólo un hombre conocía la historia de estas alhajas; sólo un hombre tenía interés en deshacerse de él. Este hombre era Goldenmayer... Boudon comienza por esquivar el lazo, pero piensa muy acertadamente que el joyero, habiéndole vendido una vez, debe venderle fatalmente una segunda y una tercera, hasta conseguir su objeto, pues no hay que olvidar que existe la prima de veinte mil francos, prometida por el barón de Ripolin. Entonces Boudon encuentra que la solución más sencilla es suprimir a Goldenmayer. Penetra en el despacho del joyero por la puerta particular que da a la escalera de la casa, le suelta dos tiros en la cabeza y se vuelve tranquilamente por donde vino, mientras que al ruido de las detonaciones corren de la tienda por la escalera interior... Boudon cree que su víctima ha muerto instantáneamente. Todo el mundo creerá que se trata de un suicidio. Sin embargo, para mayor seguridad, se mezcla entre la gente que comienza a reunirse...

—¿Cómo sabe usted todo esto?—dijo el inspector estupefacto.

—He interrogado a la portera mientras usted se encontraba arriba—contestó Lafrita—, y me dijo que un caballero de cierta edad, cuyas señas coinciden con las del doctor Boudon, había preguntado con mucho interés noticias del herido, y que al saber que no había muerto, se alejó precipitadamente.

—Entonces debe esperar nuestra visita.

—Suponiendo que nos espere.

—Aunque se haya escapado no puede ir muy lejos, porque está sin blanca.

El tren llegó a la estación de Maisons-Laffitte. Los tres viajeros se apearon.

—Tenemos que ir al cuartel de la Guardia civil—dijo el inspector—. Allí tengo que mostrar la orden de detención que poseo y requerir el auxilio de la fuerza.

—Es un paseo—dijo Lafrita—. Hace una luna magnífica.

Anduvieron unos momentos en silencio.

Cuando pasaban bajo los árboles del parque...

—Allí es donde yo encontré, colgando de un árbol, al viejo Lardillon—dijo *Buif*—; les podré enseñar el árbol, pues la luna alumbra como en pleno día... allí, a la derecha, el cuarto árbol comenzando a contar desde... ¡Oh!...

Buif se detuvo como petrificado.

—¡Allí!... miren... ¡Oh!

—Si parece...—comenzó Lafrita, cuyas piernas temblaban.

—Pero es que sueño—dijo *Buif* en voz baja y ronca—. No, no es un sueño. ¡Todavía está allí!

—En todo caso—dijo el inspector—, hay un cuerpo colgando del árbol.

Se aproximaron... No había duda. Un cadáver se balanceaba de la misma rama de la que pendió el cuerpo del difunto conde Lardillon de Lestrivière.

Cuando estuvieron muy cerca, lo bastante cerca para reconocer la levita negra que había obsesionado los sueños de Lafrita, lo bastante cerca para distinguir los rasgos horriblemente convulsos, *Buif* se volvió al inspector y le dijo:

—No hace falta ir a buscar la Guardia civil.

Luego, dirigiéndose a Lafrita:

—¡Ya ve usted que hemos acabado por coger al doctor Boudon!

—Prefiero que todo haya terminado así—contestó el repórter.

—Yo también—dijo *Buif*—. ¡Y si fuéramos a tomar algo para reponernos de tantas emociones!...

Luego, reflexionando, añadió mirando el cuerpo:

—El caso es que no hay medio...; este pajarraco (¡que Dios lo haya acogido en su seno!) consiguió que cerraran a las once de la noche todas las tabernas de Maisons-Laffitte.

CAPITULO XI

EPÍLOGO

El lector no deseará conocer las emocionantes páginas que el jefe de la Sección de «Crímenes y Sátiros» de *El Gran Diario*, señor Bidasse, consagró al golpe de teatro final del crimen de Maisons-Laffitte. El lector ha leído con harta frecuencia el cliché sobre «el criminal que se hace justicia a sí mismo», y no quiero infligirle su lectura una vez más.

Que le baste saber que Lafrita y *Buif* se distribuyeron los veinte mil francos de premio ofrecidos por el barón de Ripolin. ¡Bien ganados los tenían!

Lafrita fundó con su parte esa ilustre Escuela de Detectives Privados, que es el vivero que prepara los Sherlock Holmes del porvenir, y la prosperidad de esta institución le permitió abandonar la ruda carrera de repórter.

Cuanto a *Buif*, reconciliado con su mujer por tiempo indeterminado, ha comprado una pequeña

taberna donde toma el aperitivo en compañía de sus clientes, juega a la manilla, y como propina ofrece a los clientes que le escuchan el nombre de los caballos ganadores en las carreras del día siguiente.

Además, y para colmo de felicidad, recibe en su establecimiento los resultados de las carreras, una por una, por servicio especial del *París-Sport*.

INDICE

Páginas.

DEDICATORIA 5
ADVERTENCIA A LOS LECTORES 7

PRIMERA PARTE

TEMIS SIGUE UNA PISTA EQUIVOCADA

CAPÍTULO PRIMERO.—El árbol fatal 11
CAP. II.—La verdad en marcha 21
CAP. III.—El difunto Simons 33
CAP. IV.—Literatura 43
CAP. V.—El *pistador* despistado 51
CAP. VI.—Lafrita se pasea 75
CAP. VII.—Dentistas y médicos 87
CAP. VIII.—Presentación 105

SEGUNDA PARTE

¡LA SUERTE ESTÁ ECHADA!

CAPÍTULO PRIMERO.—El señori Lecoq recibe una visita 121
CAP. II.—Oraciones fúnebres 133
CAP. III.—La suerte se dibuja en el horizonte 149